hombre, se conocía en Roma muy bien. Por eso Clemente VIII intentó hacer mudar de parecer al príncipe (1). Por mucho tiempo se ha buscado en su soberbia la causa por la cual Ostrogski combatía con tal rencor y odio la unión; la más reciente investigación ha señalado también como motivo, demás del mencionado, el pernicioso influjo que ejercían sobre el príncipe los herejes que le rodeaban: el docto griego Cirilo Lukaris, los arrianos Bronski y Motowila y otros novadores religiosos (2).

El apoyo principal de la unión fué Hipacio Pociej, que en 1599 fué elevado a metropolitano de Kiew. Las dificultades no hicieron sino acrecentar su ánimo. En él lo más calificativo es su dicho: «Aunque haya de mendigar, serviré siempre con todo a la Iglesia de Dios» (3).

También Clemente VIII se acreditó hasta lo último de fiel protector de la unión. Repetidas veces exhortó a los arzobispos de Gniezno y Lemberg a interesarse por los unidos contra las maquinaciones de los griegos; así en julio de 1598 y en marzo de 1604 (4). El Papa se dirigió al rey el 3 de abril y 10 de julio de 1599 con el ruego de que concediese a los rutenos los derechos y privilegios a ellos prometidos, y los amparase contra los cismáticos (5). Todavía el 31 de marzo de 1604 recordó insistentemente a Segismundo su promesa de admitir a los obispos unidos en el senado; díjole que por lo menos el metropolitano había de hallar allí entrada para poder responder a las acometidas de los cismáticos y defender los derechos de la Iglesia unida (6). Una prueba de la longanimidad y solicitud pastoral del Papa es el que, cuando por efecto de los esfuerzos de Maciejowski se mostró un rayo de esperanza de que Ostrogski a vista de su cercana muerte abandonase su oposición, dirigiese el 15 de enero de 1605 una carta al príncipe, en la cual refutó otra vez todas las objeciones contra la unión, y le exhortó con palabras paternales a adherirse a ésta (7).

(1) V. Theiner, Mon. Pol., III, 285.
(2) V. Likowski, 198 s.
(3) V. ibid., 244.
(4) V. Theiner, loco cit., 271, 282.
(5) V. Theiner, loco cit., 272 s.; Pelesz, II, 33 s.
(6) V. Theiner, loco cit., 283. Cf. también los breves al obispo Pedro Tylicki de Ermeland, de los años 1593 y 1604 en Ehrenberg, Documentos italianos para la historia de la Prusia oriental, Königsberg, 1895, 64 s.
(7) V. Theiner, loco cit., 286 s.

III

Mientras la suerte de la unión vacilaba entre los rutenos, abrióse del todo inesperadamente la perspectiva de unir de nuevo a Rusia con la Iglesia católica.

Con la muerte de Iván IV acaecida el año 1584 había comenzado en este Imperio el «tiempo de las turbulencias» que duraron hasta el establecimiento de la dinastía de los Romanow (1). En tiempo del sucesor de Iván, el alelado Feodoro I, el poder efectivo fué pasando cada vez más a su cuñado, el tártaro Boris Godunow. Como Feodoro quedó sin hijos, según toda previsión humana parecía que el segundo hijo de Iván, Dimitry (Demetrio), tenía que subir al trono de los zares. Esto no se acomodaba a los planes del ambicioso y enérgico Boris, que procuraba para sí la suprema dignidad. Con esto estaba evidentemente en conexión la desaparición misteriosa de Demetrio en mayo de 1591. Se dijo que el niño de ocho años se había herido mortalmente durante el juego por causa de un accidente desgraciado. Sin embargo se dejó oír al punto también la afirmación de que se le había dado muerte premeditadamente. Boris, para alejar la sospecha que gravaba sobre él, mandó hacer averiguaciones, las cuales, como era de prever, dieron por resultado que el último vástago masculino de la casa Rurik había muerto de un accidente. Esta declaración oficial encontró al punto diversas dudas; más tarde difundióse el rumor de que el niño había sido salvado, por cuanto su madre lo había sustituído con otro semejante (2).

(1) Cf. Walizewski, Les origines de la Russie moderne. La Crise révolutionnaire, 1584-1614, París, 1906.

(2) Entre los trabajos modernos sobre el falso Demetrio hay que mencionar en primer término las profundas investigaciones apoyadas en nuevos documentos, de Pierling: Rome et Démétrius, París, 1878; Un manuscrit du Vatican sur le tzar Dimitri, en la Rev. des quest. hist., 1894, II; Lettre de Dimitri dit le Faux à Clément VIII, París, 1898; y La Russie et le St.-Siège, III, París, 1901. Demás de esto, con frecuencia ha sido aún tratado este asunto; cf. especialmente Hirschberg, Dymitr Samozwaniec, Lemberg, 1898; Baudoin de Courtenay en las Disertaciones de la sección fil. de la Academia de Cracovia, 2.ª serie, XIV (1898), 183 s.; Scepkin, ¿Quién fué el Pseudodemetrio?, en el Archivo de filología eslava, XX-XXIII (1898-1900); Caro en la Revista Hist., LXXX, 264 s.; Walizewski, loco cit. y además la crítica de Pierling en la Rev. des quest. hist., LXXXI (1907), 213 s.; Skribanowitz, Pseudo-Demetrius, I, Berlín, 1913. Pantenio (El falso Demetrio, Bielefeld, 1904) trae gran número de grabados interesantes, pero por lo demás nada nuevo.

Cuando el zar Feodoro I murió en el año 1598, Boris Godunow alcanzó el fin de su ambición, aprovechando hábilmente la situación interior y la amistad de los Habsburgos (1). Con aparente resistencia cedió al apremiante deseo del patriarca Job de Moscou, flexible enteramente a su voluntad y al de la nobleza, y tomó el gobierno como zar. Grandes planes se agitaban en la mente del nuevo monarca, estadista perspicaz y de dotes extraordinarias. Aunque él mismo ni siquiera sabía leer, era con todo amigo de la cultura: al fin del siglo hizo la tentativa de fundar en Moscou escuelas y una universidad, por lo cual llamó a sabios alemanes; hizo instruir a sus hijos por extranjeros, y aun envió jóvenes rusos al occidente para que recibiesen su formación. Así este tártaro muéstrase en el trono de los zares como el primer «aficionado a lo occidental» en la serie de los emperadores rusos. Con su anhelo de europeizar a Rusia, y a la verdad apoyándose en el norte protestante de Europa, recuerda a Pedro el Grande. Pero el pueblo echaba de menos en él la sangre de los Ruriks, y para los poderosos boyardos era demasiado autocrático (2).

A las dificultades interiores se añadieron derrotas diplomáticas. El advenedizo hubiera casado de buena gana a su única hija, la hermosa Xenia, con un miembro de alguna de las antiguas dinastías europeas, pero sus propuestas fueron rechazadas cortésmente en todas partes, tanto en Estocolmo y Londres, como en Praga (3). La pequeña corte de Copenhague se mostró al fin inclinada, pero el príncipe Juan, hermano del rey danés Cristián IV, fué arrebatado prematuramente por la muerte. Al desengaño doméstico se juntó una gran desgracia nacional. Los años 1601 y 1602 trajeron malas cosechas, a las cuales siguieron una horrible hambre, carestía y enfermedades. Comparecieron bandas de ladrones y saquearon la población, la cual escuchaba crédula las profecías de los monjes, que predecían una gran catástrofe (4).

En medio de este trastorno social y económico amenazaba bambolearse enteramente el trono de Boris Godunow, cuando en 1603 llegó al Kremlin la espantosa noticia de que en Polonia un joven,

(1) Cf. Karamsin, X, 90 s., 97 s.; Uebersberger, Austria y Rusia, I, 541 s., 564.
(2) Cf. Walizewski, loco cit.
(3) V. Uebersberger, I, 564 s., 568 s.; Pierling, III, 89.
(4) V. Pierling, III, 89.

que se hacía pasar por el hijo de Iván IV, el Demetrio muerto en 1591, había hallado gran número de partidarios.

El pretendiente al trono se había descubierto primeramente al poderoso príncipe Adán Wisniowezki de Lituania, y ganado a éste, que odiaba a Boris Godunow, para su plan de conquistar el trono de los zares que le pertenecía, con la ayuda de los cosacos y de los tártaros. También el ambicioso Jorge Mniszek, voivoda de Sandomir, muy adeudado, confidente de Segismundo III, que era ardiente amigo de la unión rutena, dió crédito a las declaraciones de Demetrio y lo acogió tan afablemente, que el pretendiente del trono ruso pidió la mano de su hija Marina. La respuesta se difirió hasta que Demetrio se hubiese presentado al rey en Cracovia. Acompañado de Mniszek y su yerno, el príncipe Constantino Wisniowezki, se trasladó Demetrio a principios de marzo de 1604 a la antigua capital de Polonia. Allí el palatino de Sandomir dispuso el 13 de marzo un gran banquete, cuyo héroe fué Demetrio, aunque éste por consideración a los senadores todavía dudosos, observaba lo más posible el incógnito. También el nuncio pontificio Rangoni asistió a esta fiesta. El misterioso pretendiente hizo en él una impresión favorable: dijo que su mano blanca y delgada indicaba una elevada alcurnia; que era resuelto en la conversación, y que su porte y conducta tenían algo de grandioso (1). Rangoni menciona también la gran verruga que tenía debajo del ángulo del ojo izquierdo y el acortamiento de un brazo (2), en lo que veían señales del desaparecido hijo del zar.

El 15 de marzo tuvo Demetrio una audiencia privada con el rey de Polonia en el Wawel. Ésta fué decisiva para la conducta de Segismundo, que al principio no quería creer en la identidad del pretendiente. El rey se resolvió ahora a favorecer a Demetrio, y mostrólo colmándolo de dones (3). El nuncio Rangoni se había mantenido hasta ahora enteramente neutral. El 19 de marzo habló por primera vez con Demetrio, que logró ganarse en gran manera al representante del Papa (4). Rangoni puso luego al pretendiente en relaciones con el jesuíta Gaspar Sawicki (5). Hablando con estos dos, Demetrio

(1) V. ibid., 67 s., donde hay también una reproducción del retrato de Demetrio que se halla en el Museo histórico de Moscou.
(2) V. Pierling, III, 68 s.
(3) V. ibid., 69.
(4) V. ibid., 73 s.
(5) Con este hecho establecido documentalmente por primera vez por Pierling (Rome et Démétrius, 14 s.) viene a tierra la antigua opinión difundida

expresó el deseo de ser admitido en la Iglesia católica. Después que se hubieron cerciorado de la seriedad de su intento, Sawicki el sábado santo, 17 de abril de 1604, le recibió la profesión de fe católica en el colegio de los jesuítas de Santa Bárbara (1). A causa de los partidarios rusos del pretendiente se hizo todo esto en secreto.

Dos días más tarde el convertido, con la ayuda de Sawicki, escribió en lengua polaca una carta al Papa, que llevaba la fecha de 24 de abril; era del tenor siguiente: «Quién soy yo que me atrevo a escribir a Vuestra Santidad, lo referirá a Vuestra Santidad el nuncio polaco, a quien he comunicado todas mis resoluciones y los motivos de ellas. Escapado con la ayuda de Dios cuando niño de las manos de un tirano sanguinario y de la muerte, la divina Providencia me condujo a los dominios del rey de Polonia a quien me di a conocer. En Polonia llegué a tener conocimiento de la religión católica romana, me acerqué cada vez más a ella y hallé en ella un tesoro mucho más precioso y un reino mucho más noble que el que me ha arrebatado la injusticia de un tirano. Mientras yo meditaba sobre la salud de mi alma, reconocí claramente en qué gran peligro se halla Moscovia por el cisma, y cuán injustamente los autores y fomentadores de este cisma impugnan la pura y antiquísima doctrina de la Iglesia católica, apostólica, romana. Por eso con la ayuda de la divina gracia he vuelto sin dilación a la unidad de la fe católica romana, y por la recepción de los sacramentos me he hecho una ovejita de Vuestra Santidad, pastor supremo de toda la cristiandad. Mi situación me obliga todavía a ocultarlo y a esperar lo que Dios, que me ha salvado de tantos peligros, querrá hacer conmigo. Espero que Dios me ayudará pronto, a mí, descendiente de los antiguos y célebres príncipes de Moscou, a reconquistar mi herencia. Si así no fuese, me queda el consuelo de la verdad católica y la unión con la Iglesia, que me conducirá al reino de los cielos. Si Dios se dignare ayudarme a conseguir mi herencia, suplico encarecidamente a Vuestra

muy ampliamente en especial por Ranke (Los Papas, II[8], 256), de que la intriga había sido tramada por los jesuítas y el nuncio y que Segismundo sólo más tarde había sido ganado para ella. Errónea es también la exposición de Ranke, al afirmarse en ella que la conversión había sido precipitada. Ranke siguió en esto la Historia di Moscovia de Alej. Cilli (Pistoya, 1627), la cual tuvo por muy digna de fe. Pierling ha probado lo contrario y le ha demostrado a Cilli numerosos y grandes errores. Cuán poco digno de fe es Cilli, lo hace resaltar también Skribanowitz, loco cit., 19, 36, 38.

(1) V. Pierling, Rome et Démétrius, 27 s., 183 s.

Santidad, que no me quiera negar su ayuda. Dios omnipotente se podría servir de mí, por muy indigno que yo sea, para difundir más su gloria con la conversión de muchas almas perdidas y la unión de tan gran nación con la Iglesia. ¿Quién sabe, si por eso me ha conducido a la Iglesia?»

La carta, que descubre ser el autor uno de la gran Rusia que no domina mucho el polaco, concluye con el aseguramiento de una entera sumisión al supremo pastor de la cristiandad y con el ruego de que guarde silencio por algún tiempo sobre el contenido. El documento está firmado: Demetrio, hijo de Juan, zar de la gran Rusia y heredero de la monarquía moscovita (1).

Cuando el 24 de abril Demetrio entregó esta carta al nuncio Rangoni, se arrojó a sus pies y le dió seguridades de su completa sumisión a la Santa Sede; al mismo tiempo prometió que caso que subiese al trono de los zares, emplearía todas sus fuerzas para la difusión de la religión católica (2). Desde entonces Rangoni quedaba enteramente ganado para el pretendiente, a quien Segismundo III favorecía en secreto, aunque un partido muy numeroso de Polonia nada quería saber de una empresa bélica contra Rusia. Entre tanto también el zar Boris se había aprestado a la defensa; apoyado por el patriarca Job, hizo esparcir por todas partes, que Demetrio era un impostor, un monje andrajoso, por nombre Gregorio Otrepjew, huído del monasterio moscovita de Tschudow (3).

El pretendiente, que se había desposado con Marina Mniszek, era muy activo. Logró formar un pequeño ejército de polacos y cosacos, con el cual a fines de octubre de 1604 pasó el Dnieper, que formaba entonces el confín entre Rusia y Polonia. Confiado de hallar apoyo en Rusia, esperaba conquistarse el trono de los zares, a pesar de la pequeña fuerza militar de que disponía. Entre los soldados se hallaban también dos jesuítas como capellanes castrenses para los católicos. Demetrio siguió manteniendo correspondencia epistolar con Rangoni, el cual era muy necesario para la consecución de su

(1) La carta de Demetrio a Clemente VIII fué publicada según el original conservado en el *Archivo de la Inquisición Romana* por Pierling en reproducción fotográfica con traducción francesa en un folleto impreso en sólo 100 ejemplares (Lettre de Dimitri dit le Faux à Clément VIII, París, 1898). La traducción latina de Sawicki se halla en Pierling, Rome et Démétrius, 157 s. Sobre el estilo y el autor v. Skribanowitz, 46 s. y las obras especiales allí indicadas.

(2) V. Pierling, III, 83 s.

(3) V. ibid., 92 s., 96 s.

fin; el nuncio se dió a esperar firmemente, que pronto residiría un monarca católico en el Kremlin, y ordenaría que en todo el reino se predicase la fe de la Iglesia romana por misioneros católicos (1).

En oposición al concepto muy optimista de su representante mostró también Clemente VIII en el negocio de Demetrio su acostumbrada prudencia. Fué aún sin duda confirmado en esta reserva por el hecho de estar a su lado como confesor y amigo un historiador tan crítico como Baronio. Cuando llegaron a la curia las primeras noticias de Rangoni sobre la aparición del pretendiente, el escepticismo del Papa fué tan lejos, que a la carta del nuncio añadió la observación marginal de que se trataría aquí sin duda de un personaje semejante al falso Sebastián que se había presentado en Portugal (2). Sólo la conversión de Demetrio y su carta de 24 de abril, en unión con las comunicaciones de Rangoni, produjeron en el Papa una mudanza. Entregó dicho importante documento a la Inquisición romana para su examen. Este tribunal debía inquirir también, si era posible conceder la petición de Demetrio expresada al nuncio, de que el día de su coronación como zar pudiese recibir la sagrada comunión de manos del patriarca de Moscou.

Mientras se deliberaba aún sobre este negocio, expidióse en 22 de mayo de 1604 un breve pontificio al «querido hijo y noble señor Demetrio», en el cual el Papa lleno de paternal benevolencia le exhortaba a perseverar en el camino de la piedad y de la virtud. Si con esto Clemente VIII salió de su fría reserva hasta ahora observada, evitó sin embargo toda alusión política; ni siquiera de los grandes negocios de la cristiandad se podía hallar algo en el breve. Demetrio había esperado mucho más. En una carta de 30 de julio, además de sus negocios espirituales, trató también de los políticos, dando ya gracias al Papa anticipadamente por el apoyo que le había ofrecido. Clemente VIII dejó esta carta sin respuesta (3). El ulterior desenvolvimiento de este negocio, que terminó con el asesinato de Demetrio, ya no cayó en su pontificado.

(1) V. Pierling, III, 85, 114 s., 220.
(2) Sarà un altro Re di Portogallo resuscitato. Pierling, III, 41.
(3) V. Pierling, III, 86 s., 230 s. La carta de 30 de julio se halla en Pierling, Rome et Démétrius, 160 s.

IX. Actividad de Clemente VIII en renovar la vida interior de la Iglesia. Reformas y fomento de las Ordenes religiosas. El colegio cardenalicio. Inquisición e Indice. Edición de la Biblia y corrección de los libros litúrgicos. Misiones de fuera de Europa. El gran jubileo del año 1600

I

Penetrado de la convicción de que el clero de la Ciudad Eterna había de preceder a todo el mundo por el resplandor de su virtud y piedad, anunció Clemente VIII luego al principio de su pontificado una visita general de las iglesias, monasterios y obras pías de Roma. En el documento, fechado a 8 de junio de 1592 (1), decíase que, como sólo un campo bien cultivado lleva abundantes frutos, así también había de suceder en las cosas espirituales, por lo cual el concilio de Trento justamente había inculcado tanto las visitas pastorales. Constituyóse una comisión, compuesta de cardenales y obispos, la cual debía dar comienzo a sus trabajos en la fiesta de San Basilio el Grande por la visita de la Basílica Lateranense. Para impetrar el auxilio divino, ordenó el Papa que en las iglesias principales de Roma se celebrasen las Cuarenta horas.

Acordándose de las palabras del Salvador, que el buen pastor debe conocer por sí mismo a sus ovejas (2), Clemente VIII sin consideración a su alta dignidad, tuvo parte personalmente en la visita de la mayor parte de las iglesias romanas. En ello le ayudaron los cardenales Médicis y Valiero, como también tres obispos, entre los

(1) V. Bull., IX, 562 s.
(2) V. ibid., 564.

007142